

Precio 15 céntimos



ARTISTA DRAMÁTICA



Fotografía de Matorrodona.

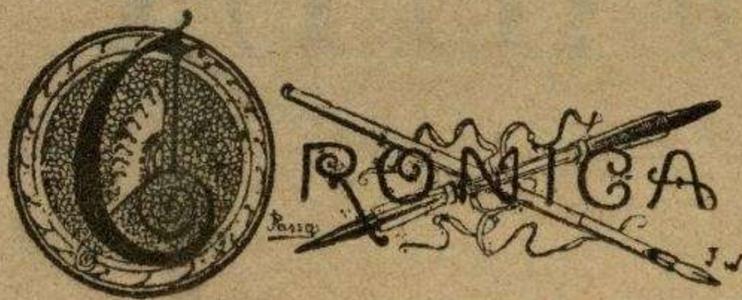
Cármén Bernal

LA SAETA

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA.

DIRECTOR LITERARIO
DANIEL ORTIZ

España y Portugal, trimestre. . . 2 ptas.
Cuba y Puerto-Rico, semestre.. 5 »
Extranjero, semestre.. . . . 6 »



EL mundo dá vueltas, y las cosas se suceden unas á otras, y baza mayor quita baza menor.

Decimos esto reflexionando un momento y de pasada sobre los sucesos de las últimas semanas.

Primeramente apasionó al público la discusión de los negocios del usurero Matatias, que así llaman al Banco de España.

Cuando más engolfados estábamos en el asunto de la circulación fiduciaria, salta en Málaga un periodista que, según se desprende de lo que dicen los periódicos, mató en defensa propia al desgraciado Sr. Loring.

Días antes también había sido muerto en Bilbao un pobre obrero sin que hasta ahora se sepa quién fué el matador.

Apenas había comenzado la prensa á comentar estos tristes sucesos, salta y viene el mamaracho Julio Ruiz, que en unión de un grande de España, un camarero y un militar, pretenden convidar á echar unas copas á la estatua del teniente Ruiz, *parienta*, según estos kurdos, del cómico Julio.

La estatua, naturalmente, no quiso bajar á emborracharse con estos apreciables sujetos, y entonces el histrión y su compañía pretendieron escalar el pedestal para ofrecer un vaso de vino al héroe de la Independencia.

Inseguros de piés, manos é inteligencia, estropearon los jardinillos que rodeaban al monumento y rompieron uno de los escudos.

Acude gente, viene la autoridad, coge presos á algunos..... ¡y el escándalo de cajón!

Julio Ruiz al día siguiente lo niega todo y jura bajo su palabra de honor en la redacción de *La Correspondencia Militar* que él no tuvo que ver nada en el asunto, y que si le vieron en el sitio donde se halla colocada la estatua, fué porque pasó por casualidad por allí.

Pero desgraciadamente se ha demostrado que las palabras de honor del cómico flamenco están á la altura de su conducta, y que él, por más que lo niegue con desfachadéz, fué el principal autor del agravio inferido al sentimiento patriótico de los buenos españoles.

El resultado será que el oficial será expulsado del ejército, y habrá uno solo que pague lo que hicieron todos.

Porque no creemos que la nobleza expulse de su seno el noble, que el cafetero despida al mozo, y que los empresarios nieguen contratos á Julio Ruiz.

Pero estos sucesos han sido borrados por los posteriores.

Una duquesa se ha entretenido en martirizar á una tierna niña.

El grito de indignación dado por la conciencia pública resuena todavía, por más que algunos periódicos traten de atenuar la falta de esa señora.

¿Qué nuevo acontecimiento borrará mañana el recuerdo de estos hechos?

Porque en España se está dando una racha de sucesos que tienen locos de alegría á los *reporters*, que son los que viven de las miserias humanas.

Esperemos que cesen pronto las malas nuevas y volvamos al período normal. Es decir, á dar cuenta de las cotidianas irregularidades y filtraciones de los conservadores.

* *

En Paris un *musiu* Ader ha inventado la manera de volar.

Ha hecho ya la prueba delante de varias personas y á una altura de veinte metros ha volado en todas direcciones.

Nadie comprende el secreto de la máquina, aunque se dice que está movida por la electricidad.

Es grande la expectación que reina en la vecina república para el día de la prueba oficial y definitiva.

En España no nos ocupamos en semejantes nimiedades. Hace años que aquí se ha inventado la manera de volar.

Depositán ustedes en un amigo, pongo por caso, diez mil duros, y á los dos días el amigo toma vuelo y nadie le ve más.

Colocan ustedes al lado de un empleado público una respetable cantidad de billetes de Banco, y enseguida le ven ustedes desplegar las alas é irse á los Estados Unidos ó el Brasil.

Así es que el descubrimiento de Mr. Ader nos ha dejado tan fríos porque, aquí donde hay tanto pájaro, nos dá verdadera lástima el invento conque se pitorrea ese francés.

Para volar no se necesitan máquinas ni alas. Solo son necesarios unos buenos piés.

* *

La incredulidad moderna no tiene límites y niega los milagros aunque los esté palpando.

Nadie cree hoy en día que la burra de Bala-ham haya hablado, y sin embargo, continuamente estamos presenciando fenómenos más asombrosos.

Y no crean ustedes que me refiera á que también habla el Sr. Fabié..... nada de eso.

Existe un fenómeno más asombroso.

La *mesa* del Senado fué días pasados á Aranjuez, según leo en los periódicos, y tuvo una entrevista con la regente.

Yo no sé todavía de lo que puede hablar una mesa, pero cuando viaja de ese modo y trata á las altas instituciones, revela al menos que es

de una madera *sui generis*, que discurre y echa discursos.

Ya se me figura estar viendo á esa mesa apoyada en las patas traveras y sentada en el coche del ferrocarril.

—¿De quién es este mueble? —preguntará el revisor.— Esto debe ir en el vagón de equipajes.

—¡Alto ahí! —dirá la mesa.— Yo pago y puedo ir donde me dá la real gana.

Aombro y desmayo del revisor.

¿Pues y al hacerse anunciar en palacio?

Nada, que solo se ven fenómenos en este mundo.

Se dice también que la susodicha mesa iba presidida por el general Martínez Campos.

¡Ahora lo comprendo todo! como dicen en las comedias.

A un general de madera, una compañera de su mismo fuste.

ELIDAN.

CARTA DE VERANO

BAÑOS DE LA FUENTE SOSA

Mi querido Director:
como apretaba el calor
de una manera espantosa,
sali de Madrid el doce
y en un tren extraordinario
llegué el trece á este Balneario
que usted quizás no conoce.

Aquí se pasa la vida
en una grata indolencia,
y es tanta la concurrencia
y es toda tan distinguida,
que parece en realidad,
que por moda ó por sistema
se da aquí cita la *crema*
de la buena sociedad.

Los duques de J. U.,
el general H. A.
y los condes de la K.
y los marqueses de Q.

Banqueros y comerciantes
y hacendados y bolsistas
y literatos y artistas
y músicos y danzantes,
todos en dulce alegría
y como en familia unidos,
lo pasan tan divertidos
con cualquiera tontería.

La gravedad es corriente
que ha de dejarse á la puerta,
y aquí el que no se divierta.....
se aburre seguramente.

Da gusto ver á un banquero,
un señor grave de veras,
cantando unas peteneras
con muchísimo salero,
y hasta el general, ayer
por dar gusto á unas ancianas,
nos bailó unas sevillanas
que es lo que había que ver.

Las bromas que aquí se inventan
á cualquiera vuelven loco,
y al que se descuide un poco
de seguro lo revientan.

Como prueba escuche usted:

Anoche una señorita
nos echó, como bromita,
acíbar en el café.

Y riéndonos sin gana
por no parecer groseros,
pasamos los caballeros
una noche toledana.

Hay que armarse de paciencia
y no darse por sentido;
pero hoy,—ya lo he decidido,—
en justa correspondencia
á la que logró reirse
con tamaño disparate
le echaré en el chocolate.....
lo que no puede decirse.

Las veladas musicales
animan el Balneario,
y se organizan á diario
conciertos originales.

El de anoche fué escogido.
La de P. muy elegante
cantó una canción picante
á espaldas de su marido.

Una muchacha muy jóven
tocó con gran maestría
el tango de *La Gran Via*
y no sé qué de Beethoven

El señor B. con calor
y á instancias de unas señoras
recitó ¡treinta doloras!
del ilustre Campoamor.
Un cura de regimiento
que tiene cara de bruto,
cantó el *Credo del Poliuto*
con bastante sentimiento.

Y el bolsista señor C.
como todos los veranos
hizo unos juegos de manos
con la señora de P.

La política en el día
tiene aquí un representante:
el conocido é importante
senador don Blás García.

Y merced á sus favores
hoy con él y frente á frente
tuve el *interview* siguiente
que transcribo á mis lectores:

«—¿Qué opina el señor García
del Gobierno que nos rige?
—Le diré á usted lo que dije
á un ministro el otro día.

Necesita un ten con ten
esta situación actual,
y para no hacerlo mal
es preciso hacerlo bien.

—¿Cuándo este poder concluya,
quién vendrá aquí á ser poder?

—Eso es fácil de saber.

Vendrá... el que le sustituya.

—Durará esta situación
ó pronto crisis tendremos?

—Eso, amigo, lo veremos
cuando llegue la ocasión.

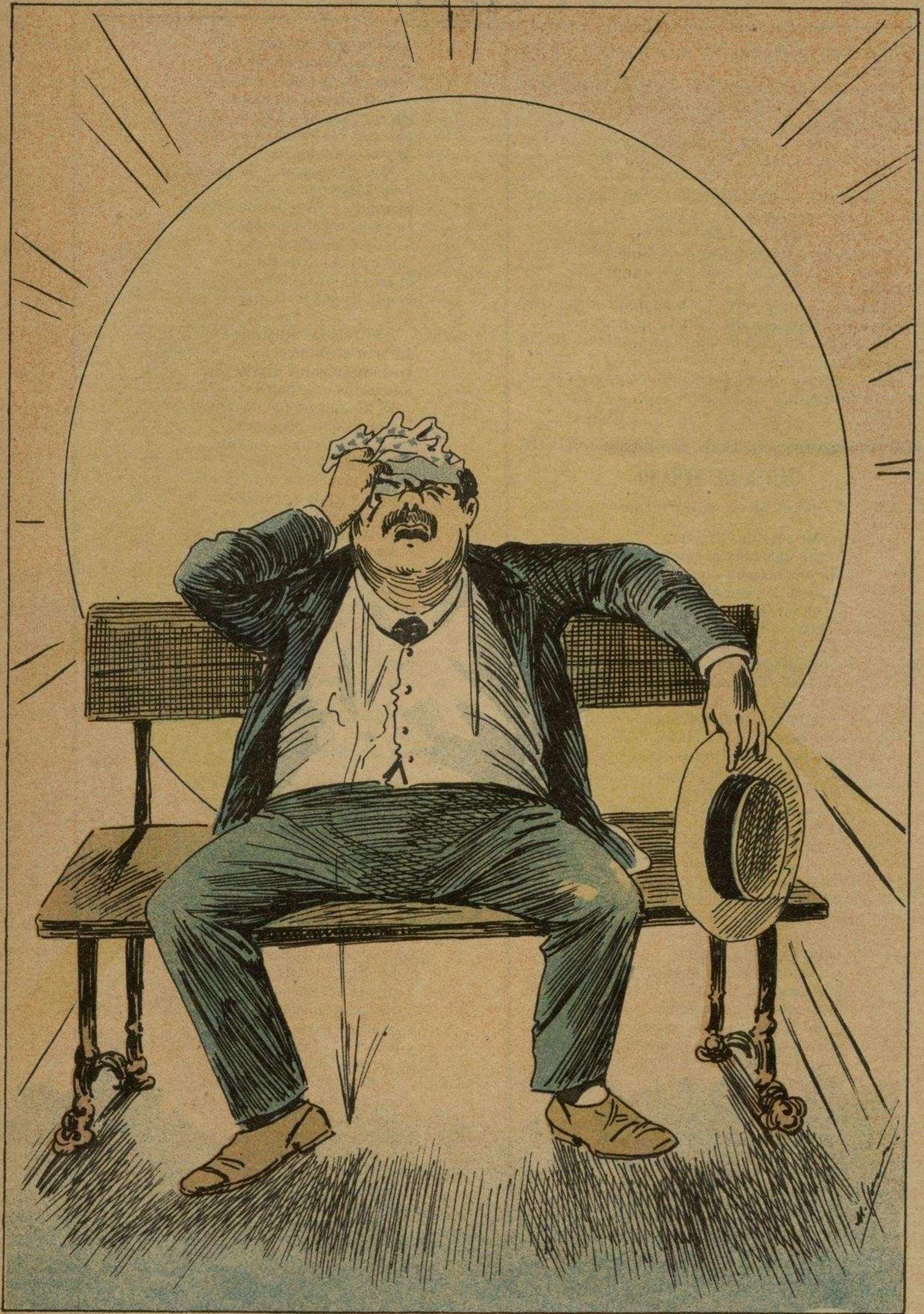
—¿Qué hay de Cuba?

—¡Es un asunto
gravísimo!

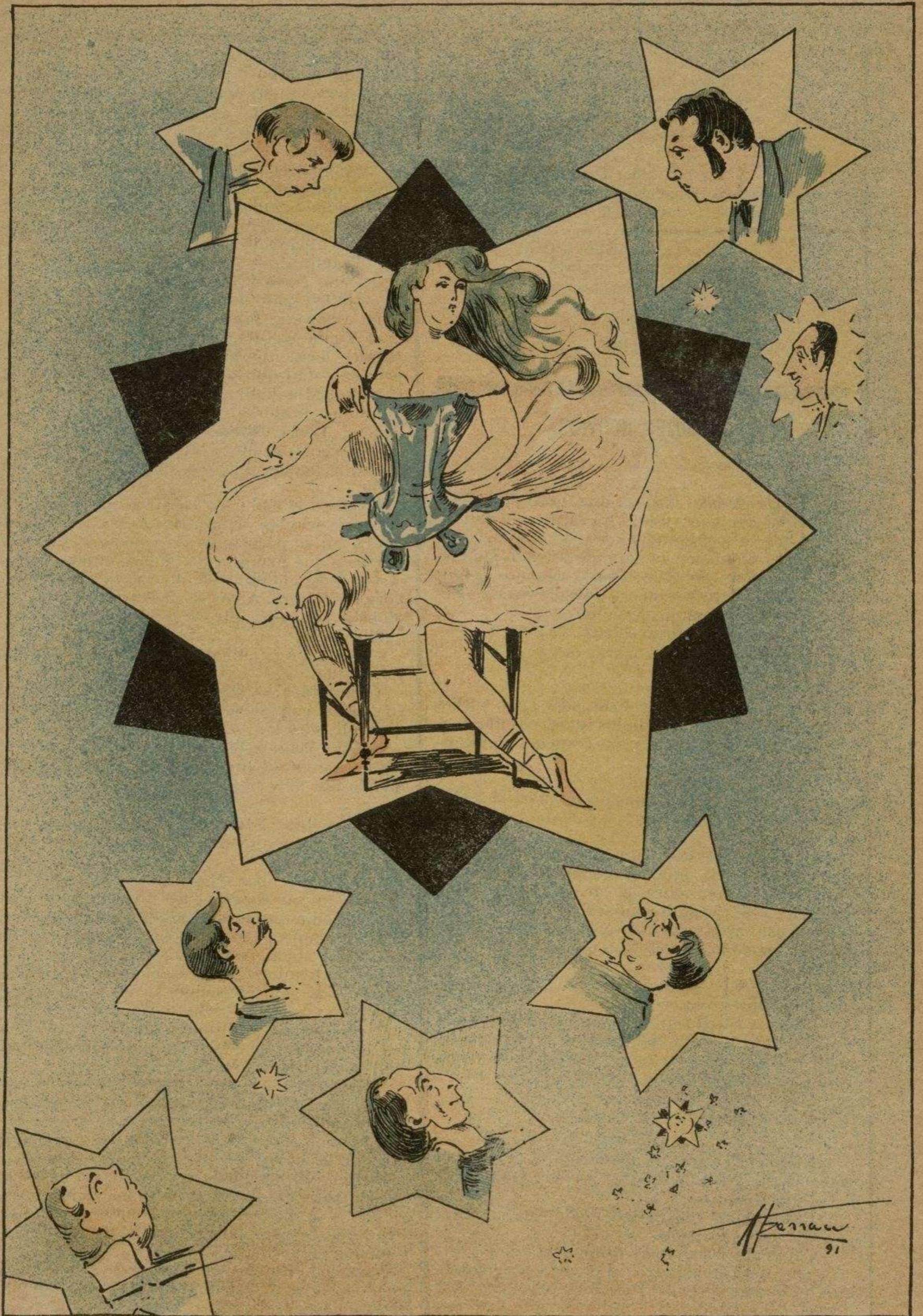
—Ya lo sé.

—Todavía no formé
mi opinión en este punto.

—Y dígame usted ¿se sabe



—¡Y hay todavía quién sostiene que el sol se enfría!



Una estrella y sus satélites.

si habrá, al fin, guerra europea?

—Aún no he formado mi idea, pero la cuestión es grave.

Yo la creo de importancia suma para este país.

—¿Y qué sabe de París?

—¿Que es la capital de Francia!

Y ahí van, señor Director, en mal trazados renglones las sabias revelaciones del ilustre senador.

Como es la costumbre actual, con este *interview* concluyo. Queda de usted siempre suyo su amigo,

El corresponsal.

Por la copia:

VITAL AZA.

LA MUJER NERVIOSA

I.

TE parece, esposa mía, que vayamos a dar una vuelta? La tarde está deliciosa... ¿No me contestas?... Podríamos bajar por la calle de Alcalá, sentarnos un ratito en Recoletos y después, piano piano pianino, volveremos a nuestra casa... ¿Eh? ¿Te parece bien mi proposición?

—Nazario, eres un avestruz.

—¡Honorina!

—Y un verdugo.

—¿Eh?

—Me ves tendida en este sofá, con surcos amoratados al rededor de los ojos, el labio trémulo y la mirada vaga, y no respetas mi situación angustiosa.

—¿Pero, qué tienes?

—¿No lo ves? ¿No te fijas en mi martirio? ¿No sabes que estoy nerviosa?

—Es que...

—¡Quita! vete: te lo suplico. Hoy todo me hace daño: el sol, el aire, el cielo, el aroma de las flores, la lavandera, el aceite frito... vete, Nazario, vete, porque acabaré por tirarte cualquier cosa a la cabeza! ¡Ay!... ¡Cómo se me crispan los dedos! ¡Ay! Con qué gusto te mordería!...

El esposo va a encerrarse en su habitación no sin decir antes a la criada:

—Oiga usted, Rosa: no entre usted para nada en el gabinete de la señorita, ni vaya usted a pedirle dinero para los garbanzos, ni meta usted ruido, ni cante usted en la cocina.

—¿Está mala?

—Peor aún. ¡Está nerviosa!

II.

—Honorina, ¿quieres hacerme el favor de traerme un cuello limpio?... ¿Oyes, Honorina?

—Déjame en paz.

—Pero, mujer. ¡Mira como está éste!

—Quisiera morirme.

—Corriente; pero antes tráeme el cuello.

—¡Qué desgraciada soy! ¡Felices las personas que no tienen nervios! Hay días horribles. Me levanté esta mañana y lo primero que hice fué romper un cristal con la cabeza: sentía la necesidad de romper algo. Después me puse a plan-

char y tiré la plancha y la ropa y la mesa. No tiré a la criada porque en medio de todo, tengo buenos sentimientos... ¡Ay, Nazario! ¿Por qué me casé contigo? ¡Tú no me comprendes! tú eres un sér vulgar, dado a todas las ordinariencias: te gusta la carne estofada con zanahorias; te gusta el queso manchego; te gustan las zapatillas forradas de bayeta. ¡Eres un hombre soez! A mí me crispa los nervios tu presencia. En estos momentos te odio con todo mi corazón. ¡Mira cómo estoy! Si no te quitas de delante, acabaré por clavar mis uñas en esta cara que parece un panecillo francés...

—Tranquilízate Honorina.

—Vete, Nazario; te lo suplico.

—Me iré, pero dame el cuello.

La esposa lanza una carcajada histérica.

—¡Ya tiene el ataque! —dice el esposo —¡Rosa! ¡Rosa! Trae una jofaina con agua fresca. Es preciso evitar que se rompa el vestido. Aflojale el corsé. Métele en la boca una cuchara, para que no se le cierren las mandíbulas. ¡Qué desgracia! ¡Pobre esposa mía!...

La criada obedece al señorito y pone a la señorita hecha una lástima, a fuerza de cuidado.

Después de bañarle el rostro con vinagre y de darle fricciones con una toalla, la señorita vuelve en sí, pero su esposo no se atreve a recordarle que necesita un cuello limpio.

—A dios, cielito, —le dice —ya sabes que es hora de oficina. A ver si procuras dormir, y no pienses en nada que te disguste. Llevaré el cuello sucio.

—¡Ay!... ¡Ay!... dice ella, agitándose convulsivamente.

Y don Nazario, por no escitar los nervios de su esposa, coge el sombrero y se va a la oficina diciendo para sí:

—¡Qué lástima me da la pobrecita! ¡Maldito temperamento! ¡Qué culpa tiene ella de haber nacido tan nerviosa!

III.

—Honorina, Estos niños están hechos unos gorrinos. Mira qué cútis tienen. ¿Por qué no los lavas?

—Déjame en paz, Nazario.

—No quiero. En esta casa no hay orden. Hace mes y medio que no se barre el gabinete. Tú no eres una mujer: eres un costal de paja, sin disposición y sin amor propio.

—¿Me insultas? ¿Me escarneces? ¿Me faltas a todas las consideraciones? Pues bien, yo te odio... ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Qué desgraciada soy!

Y comienza el ataque de nervios.

Honorina se deja caer sobre un sofá y muerde la tela con desesperación.

Nazario se lanza en su socorro y quiere sujetarla pero recibe un puñetazo en las narices y tiene que limitarse a llamar a la criada para que le afloje de nuevo el corsé y le dé unas friegas con la toalla.

Entretanto, los niños, que a fuerza de no lavarse, parecen de barro cocido, lloran en un rincón, y la madre echando espuma por la boca insulta al esposo, llamándole bruto y ordinario y monstruo y caballería mayor.

Nazario, entonces, creyendo que su presencia puede agravar el estado de la nerviosa, toma el olivo y desaparece por el foro.

—¡Pobrecita! —dice. —¡La he irritado! ¡Qué falta de consideración la mía! He debido tratarla

con más cariño. ¡Bastante desgracia tiene la infeliz! ¡Pícaros nervios!

IV.

—Honorina, ¿porqué miras con tanta atención al vecino de enfrente? Honorina, empiezo á escamarme. Tú no eres la misma; tú olvidas los deberes que te impone tu estado.

—¡Qué horror! Nazario, eres un déspota; Nazario, eres un mónstruo. Nazario, yo quiero divorciarme... ¡Ay!... ¡Ay!...

Nueva pataleta. El esposo recibe tres puñetazos en la nariz y dos en la nuca. La sangre corre abundantemente y Rosa acude con un frasco de árnica.

—Póngase usted unos paños, señorito.

—Sí, sí. ¡Me duele mucho!

Honorina se retuerce en el suelo; los niños lloran como cabritos faltos de alimentación. —¡Qué desgracia! —dice don Nazario. —Honorina es un ángel, pero no puede sugetar los nervios. He sido un imbécil al pedirle cuenta de su conducta... Hijita, tranquilízate; vuelve en tí; ya sé que eres buena y pura como un serafín. No volveré á molestarte con mis celos... Rosa, Rosa, trae la botella del vinagre...

V.

—Adiós, don Nazario.

—Buenos días, señores.

—¿Qué tiene usted en la cara?

—Poca cosa.

—Está hinchadísima.

—Sí, mi señora me ha descalabrado.

—¡Caramba!

—¡Como la pobrecita es tan nerviosa!...

LUIS TABOADA.

FARSA Y MÁS FARSA

Es un vicio el *cumplimiento*
Que toma tal incremento
Y cunde de modo tal,
Que va minando el cimiento
Del edificio social.

Y si el mentir causa ira,
Es cosa que al cielo clama
Ver que igual ira no inspira
Esa *cumplida mentira*
Que *cumplimiento* se llama.

De su finura sin par
No hay quien consiga evitar
El mútuo teje-maneje,
Que nos parte por el eje
Sin poderlo remediar.

Cumplimientos maldecidos
Son los pícaros eumplidos
Que nadie puede eludir,
Por más que hay que distinguir
En esto de los *cumplidos*.

Son *cumplidos* los soldados
Que no hallaron sustituto,
Y vuelven alborozados
Ostentando en su *canuto*
La insignia de licenciado

Son *cumplidos* los cuarenta

Que cierta señora cuenta;
Y cumplidos sin engaños,
Pues cumplió cuarenta años
En enero del setenta.

Cumplidos de otro tenor
Me producen mal humor,
Pues son por necesidad
Ó atropellos al pudor
Ó ataques á la verdad.

A misa doña Damiana
Sin faltar una mañana
La ve el mundo concurrir;
Mas no va de buena gana,
Vá tan solo por *cumplir*.

Cuando saluda Teresa
A todo viviente bicho,
Dice que la mano besa
Y, aunque besar no le pesa
Nunca pasa al hecho el dicho.

El que á la hora de almorzar
Va á casa de don Gaspar,
Si le ofrece debe huir,
Pues le diera que sentir
Si se llegara á sentar.

«Póngame á los pies de Inés»,
A su esposo dice Andrés;
Y, aunque él no dice que no,
Ni pone á Andrés á sus piés
Ni Cristo que lo fundó.

«Le acompaño en su quebranto»
Dicen todos á Crisanto,
De su viudez en el duelo
Y, tras cumplimiento tanto,
No vuelve á verles el pelo.

«¡Que los disfrute infinito!»
Exclama don Agapito,
Dando los días á Cleta;
Y no se le importa un pito
Que se la lleve pateta.

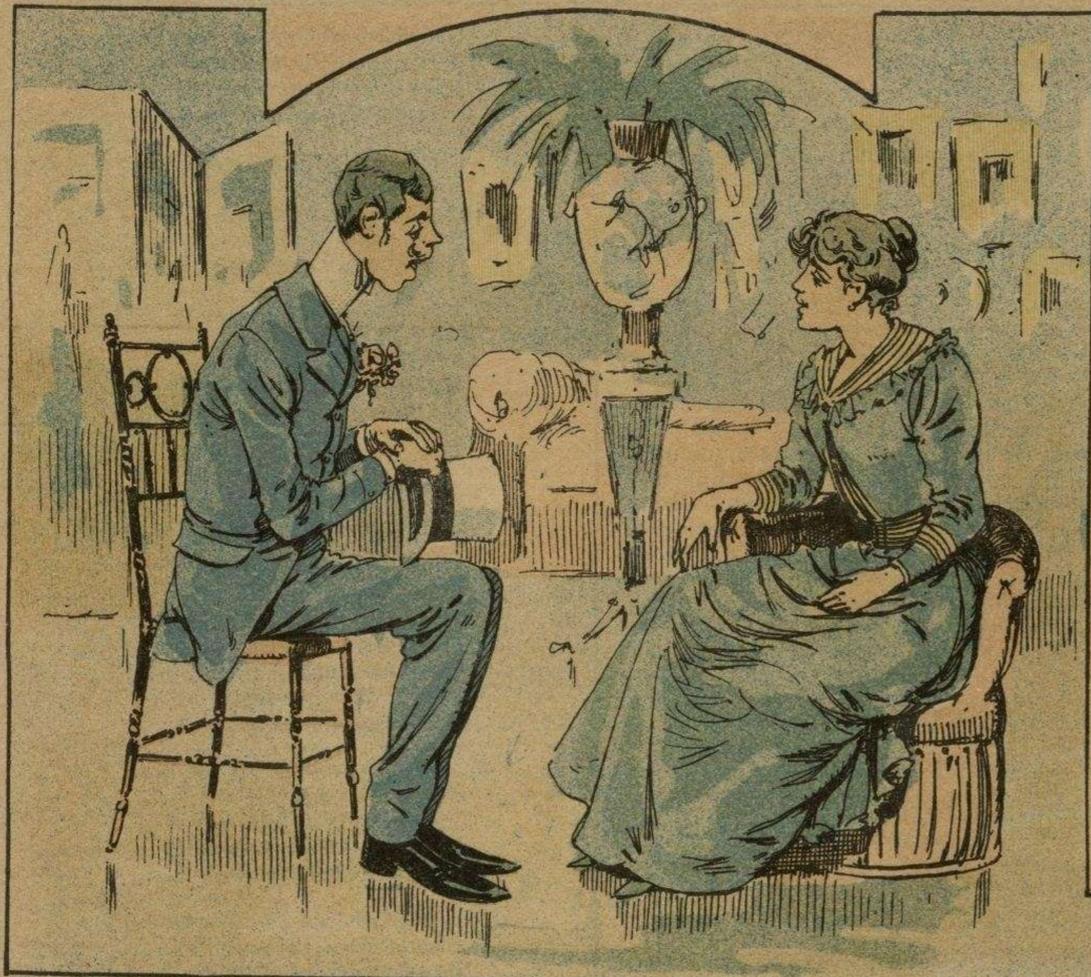
Negación de la verdad,
Encubierta falsedad.
Por activa ó por pasiva
El *cumplido* es lo que priva
En la humana sociedad.

Si no lleva al precipicio
Nos hace perder el juicio
Con su continuada gresca,
Y el que no le llame vicio
No sabe lo que se pesca.

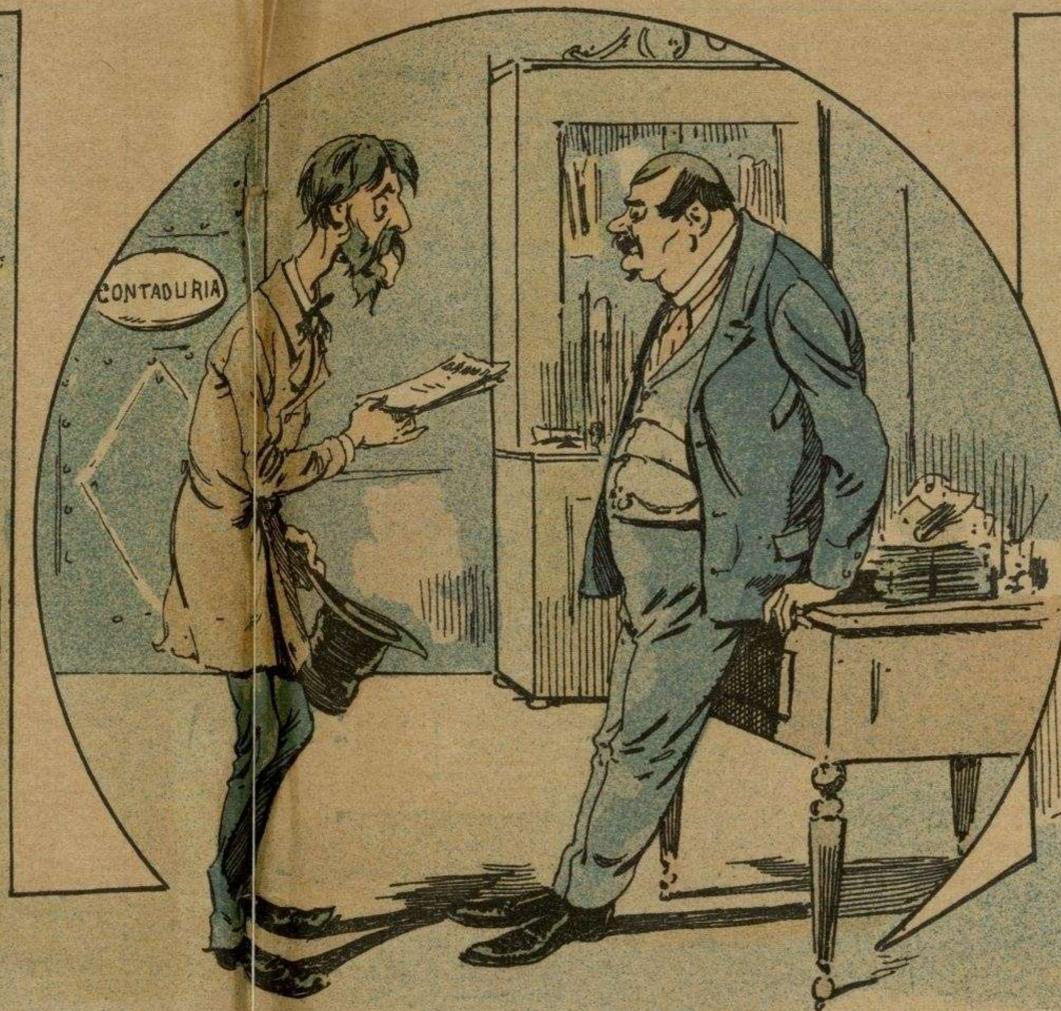
En el engaño se inspira,
Contra nuestra paz conspira
Hiriéndonos á mansalva
Y le dice una mentira
Hasta al lucero del alba.

¡Oh, santo Dios, uno y trino!
De este *cumplir* tan sin tino
Corrije el fiero desmán;
Y haz que el pan se llame pan,
Y al vino se llame vino.

CARLOS CANO



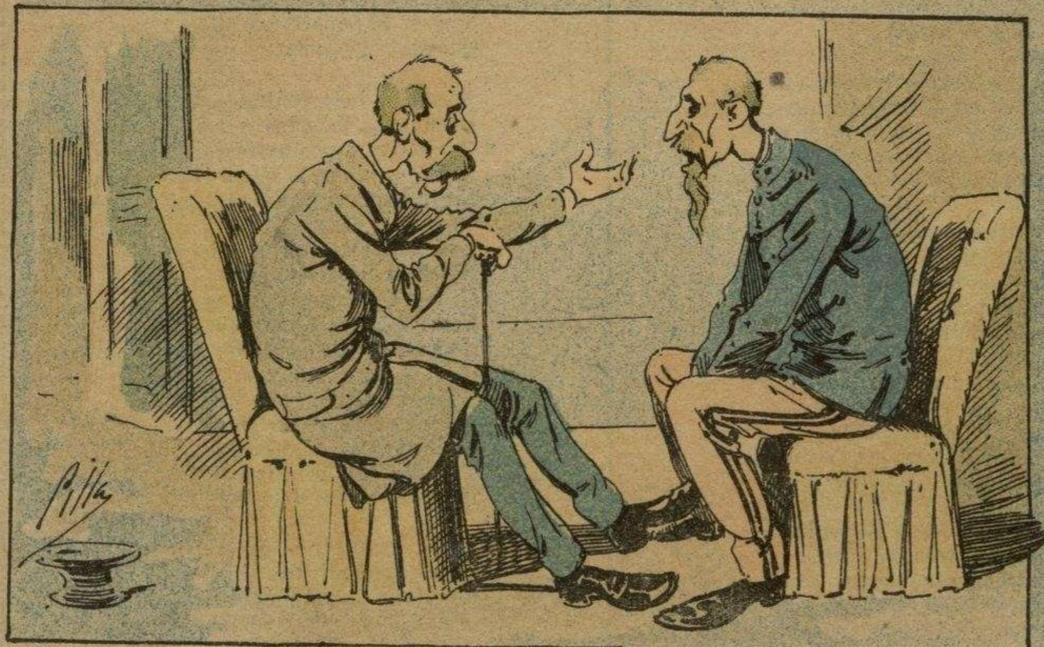
En ausencia del marido. Primeros disparos.



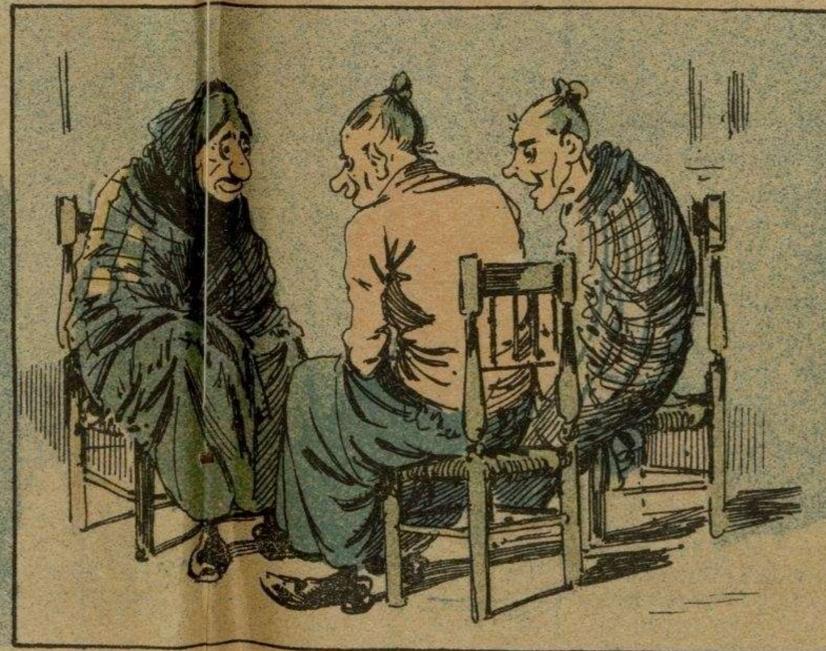
—Aquí traigo un drama, señor empresario.
—¿Qué se quiere V. apostar á que se titula *El Hambre*?



—Hace un año que este tipo entra en cuanto sale el marido de la del segundo y todavía no he podido verle la cara.



—¿Sabe V. á quién han hecho brigadier?
—A Talegón; ya lo sé.



Una serpiente de cascabel, visitando un nido de víboras.



A una visita de duelo.

EL DESCANSO DOMINICAL

GRACIAS á Dios! Ya hacia falta que mirasen por nuestra salud, y debemos agradecer al señor Gobierno que, dejando nimiedades á un lado, se haya ocupado en hacernos descansar los domingos, porque sino, aquí en España, nos íbamos á matar todos trabajando.

Es lo que dice D. Celedonio, que no ha hecho nada desde la primera guerra civil.

—Si no guardamos las fiestas ¿qué vamos á guardar aquí?

Es natural, lógico y de cajón...

Aquí hay que guardar las fiestas, que es lo único que nos queda ya que perder.

Por eso estamos con el señor conde de Canga (ó Ganga) Argüelles que ha pedido en el Senado, y ha conseguido, que se meta en la cárcel á todo el que trabaje el domingo.

Naturalmente que esta noticia ha producido honda impresión en las familias.

Las patronas de huéspedes, como es natural, la han recibido con regocijo, y si no han disparado cohetes ha sido por no alarmar al vecindario y, sobre todo por econonizarse unos cuantos reales.

Y es lo que ellas dicen: Si trabajamos, si condimentamos la comida á los huéspedes, nos llevan á la cárcel, con que ¡ajo al Cristo, que es de plata! y no encendamos fuego y dejemos á los pupilos á la luna de Valencia.

¿Que se quejan? Pues les sacamos y echamos por las narices las disposiciones de los obispos, del Sr. Cánovas y de otros Argüelles más ó menos metidos en el ajo.

Antes es la religión y las prescripciones de la Iglesia que la mísera existencia.

¿Que los huéspedes se mueren de hambre? Que se mueran; no es cosa de ir por ellos á la cárcel.

¡Lástima que á tenor de las patronas no puedan decir lo mismo las vacas suizas! *Hoy no hay leche*,—debían poner en un letrero entre las cuatro mamas, al llegar el domingo.

Porque, según nuestro leal saber y entender, no es justo que trabajen los animales aquí donde todos tenemos pretesto para holgar.

La disposición que ha tomado el gobierno del Sr. Cánovas era muy necesaria.

Se veía, por ejemplo, á nuestros ministros, á nuestros empleados y á nuestros guardias municipales descrimarse materialmente todos los días de la semana y especialmente el domingo, sin tener punto de reposo, sin una hora de descanso.

¡Basta ya! ha dicho la religión á una con la política.

El Señor, después de trabajar seis días, que ahora resultan seis épocas geológicas, se tomó veinte y cuatro horas para descansar.

No hemos de ser nosotros menos que el Señor.

Y ahora tendremos los domingos de *London*, salvo los toros, las tabernas, las romerías, los bailes y demás jolgorios.

También se descansa en los toros, tampoco trabaja uno en la taberna; del mismo modo se descansa en los bailes—nos dirán los Canga Argüelles.

¡Y vive Dios que tienen razón!

—El domingo es un día de *recogimiento*—decía á un polizonte un tomador místico, detenido en

el momento de robar un reloj.

—No de recogimiento—le decía el digno representante de la autoridad;—de recogerse. Vosotros ya haceis cosecha durante los demás días de la semana; el domingo se ha hecho para descansar.

Con eso de llevar á la cárcel solamente á los que trabajen en domingo, también se ha llenado de regocijo el respetable gremio de los ratas.

En su candor creen que les dejarán *trabajar* los demás días sin visitar la cárcel *por blasfemos*, que es la muletilla que usan para prenderlos, ya que casi nunca pueden hacerlo cogiéndoles con las manos en la masa.

Hé ahí una clase que se conformará con las disposiciones dictadas por Cánovas y demás familia.

Ellos observarán el descanso dominical siempre y cuando se les deje trabajar en libertad los demás días.

La ley no hace distinción de nacionales y extranjeros, de judíos y católicos, de moros y mestizos en esto de la prohibición.

Todo bicho viviente se ha de cruzar de brazos los días de fiesta: y el que no lo haga... á la perrera.

¿Que se le incendia á V. la casa? Pues ¡ay! de los bomberos que vayan á apagarla. Con casco y todo irán á la *torre* de la calle de Amalia.

¿Que se le muere á V. su hijo y va el médico á visitarle? Pues el galeno dormirá á la sombra para enseñarle modos y religión.

¿Que tiene V. un flemon que está á punto de reventarse en domingo? Pues desgraciado de él si tal hace. El flemon irá entre dos guardias municipales á la prevención.

En domingo no se debe hacer nada. Ni siquiera pagar las misas que se manden decir á los presbíteros.

¡Qué feliz es el pueblo español con un gobierno *ansí*, con unas leyes *ansí* y con una religión *ansí*!

Porque eso de decretar la vagancia á nosotros que ya somos vagos por naturaleza...

Nada, que viva Cánovas y que viva también el descanso dominical.

DANIEL ORTIZ

TOMANDO CAFÉ

Héme aquí repantigado
en la mullida banqueta
con los codos sobre el mármol
y un cigarrillo en la diestra,
contemplando los vapores
de la tacita que humea.
Mitad café y mitad leche
he dicho que me sirvieran,
y creo, con fundamento,
que me han traído una mezcla
de garbanzos, achicorias,
carbonato de magnesia,
almendras dulces tostadas,
cañamones... y *otras hierbas*.
Lo gracioso es que, sabiendo
como sé por experiencia,
que esta pócima es malsana
y el estómago estropea
voy á tomarla á sorbitos
con delicia manifiesta,

y á decir que me ha gustado,
y á dar dos reales por ella.
Si esto no es una bobada
¡que venga Dios y lo vea!

Verdad es que también fumo
un tabaco que me apesta,
y sabe á diablos, y pica,
y me aturde la cabeza,
y además, me va poniendo
la dentadura muy negra.
¡Hace el hombre tantas cosas
malas y que le molestan!

¿No he tomado los amores
como una cuestión muy seria,
y he creído á las mujeres,
y hasta he sufrido por ellas?
¿No me atormentan los celos,
y las entrañas me queman,
por algo que no me importa
cuando lo miro de cerca?
¿No sabía de antemano
que eran tonterías esas?
¿No he pensado algunas noches,
como un imbécil, en vela,
en esos bailes malditos
de la Alhambra y la Comedia,
sabiendo que me aburría
como se aburre cualquiera,
y que estaría en la cama
mejor que allí dando vueltas?
¿No he contraído amistades
perjudiciales ó necias
estando yo convencido
de que perdía con ellas?

Pues ¡qué diablo! si no puedo
prescindir, aunque quisiera,
de chupar hojas amargas
en tosco papel envueltas,
ni de mujeres que mienten,
ni de celos que me ciegan,
ni de diversiones tontas
donde no hay quien se divierta,
ni de amigos que me cargan,
ni de conocidos *pelmas*,
dejémonos de sandeces
y empecemos la tarea
de tomar este brebaje
que vale media peseta.
La humanidad se ha empeñado
en que son cosas muy buenas
muchas que me perjudican
y algunas que me molestan,
y yo... ¿qué he de hacer yo solo
si la humanidad se empeña?

SINESIO DELGADO

MÁS VALE CASARSE

LA escena pasa en los salones de una señora muy distinguida de esta corte. Cuatro personajes principales forman el primer término del cuadro. Allá en el fondo se dibujan multitud de figuras más ó menos simpáticas.

Empezaba á languidecer la conversación general, y se percibía demasiado el cuchicheo de los diálogos íntimos. Pero Dios había puesto *La Correspondencia de España* en las manos de una proveyta solterona para que no se hicieran públicos en un instante los secretos de una docena

de parejas. La tal leía y leía como si no tropezase cosa de gusto.

—¡Medio Madrid vá á casarse!—exclamó de pronto separando los ojos del periódico.

—Y el otro medio se ha casado ya—añadió un sujeto de pequeños ojos y grandes gafas que acariciaba la cadena de su reloj por no encontrar ocupación más entretenida en el momento.

—¡Hay peste de curiosos!—dijo una viudita casi joven, casi bella y casi intachable, á la cual se la encuentra siempre en todas partes donde no hace falta.

—El matrimonio es uno de los artículos de alta novedad en esta temporada—observó cierto jovencillo no muy mal parecido, engastando en una maliciosa sonrisa sus palabras.

—¿Porqué se casará tan gente?—murmuró la más hechicera de las niñas bobas que pasean las calles de la villa.

—Yo se lo explicaré á usted—dijo en tono solemne un anciano de calva frente, de bigotes canos, de recia contextura, de elevada talla, cuya fisonomía alegre contrastaba con las arrugas de su rostro y lo curtido de su tez.

Era este señor un brigadier lleno de cruces y de cicatrices, que tenía naturales aficiones de historiógrafo. Cada cual tomó sobre su asiento la posición más cómoda posible, y él comenzó la narración conforme van á ver nuestros lectores.

—Era yo joven y alférez cuando mi regimiento fué destinado por exigencias del servicio á uno de los pueblos más agradables de Andalucía. Ardió la guerra civil entre los españoles, y las muchachas de aquel lugar no parecían á propósito para llevar la paz á los corazones.

¡Qué muchachas, santo cielo!

Las bombas que se lanzaban sobre las plazas enemigas no eran tan mortíferas como las miradas que salían de aquellos ojos, brillantes como las estrellas del cielo.

¡Qué ojos, señores, qué ojos!

Recuerdo que mi coronel, después de haberles pasado revista, arengó una tarde á todos los oficiales, apurando unas cuantas botellas de cerveza en el café de la favorecida aldea.

«Estamos en grave riesgo, caballeros—decía—mucho cuidado con una sorpresa. El matrimonio es un un cautiverio sin rescate; el que cae prisionero en la vicaría, prisionero de la vicaría muere. Por eso á las mujeres propias se las llama esposas; sugetan más que las de hierro. Cuidado, caballeros, con una sorpresa.»

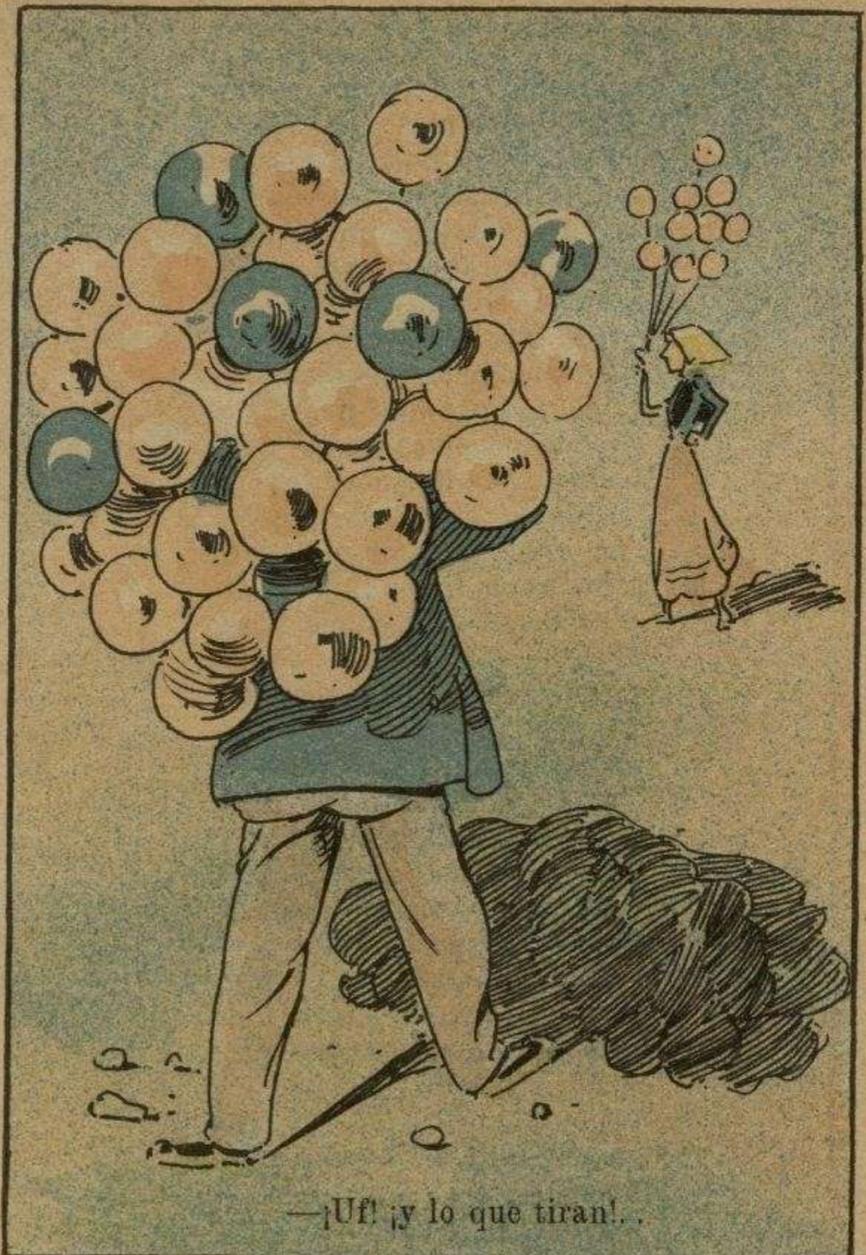
Ustedes no saben quién era mi coronel en materia de faldas. Todas le apetecían, pero sabía distinguir de clases y colores. Así es que cuando él se ponía en guardia había que temer el peligro.

Y el peligro, á mi juicio, estribaba en las bendiciones.

—¡Pierde uno la chaveta—exclamaba frecuentemente—resbala, resbala hasta parar en el matrimonio, que es, según cierto letrado amigo mio, un contrato por el cual se ata á un hombre y da rienda suelta á una mujer. Cuidado, cuidado, caballeros, con una sorpresa.

Y la verdad es que las chicas de nuestro cantón militar eran para inspirarlo, porque eran bravas chicas. Yo de mí sé decir, añadió el veterano brigadier pasándose la mano por la cabeza, sin duda para desalojar sus recuerdos, que no me acostaba ninguna noche sin calentura.

POCO LASTRE





Carrasca

— Pon un poco de atención
y observa ¡voto á Luzbel!
que, al clavarme ese clavel,
me clavas el corazón.

Al despertar me hallaba más fatigado que si hubiese andado de operaciones toda la noche.

Tallos finos y flexibles, cabellos abundantes y sedosos, labios purpúreos y provocativos. Allí no había mujer que no mereciera figurar entre las tentadoras de San Antonio.

Y, sin embargo, las madres casamenteras maldecían su mala estrella. Tan lindos pimpollos veían correr en el celibato los años y los bustos. No se hablaba en el lugar de una boda sino por milagro.

—¡Bien por los paisanos!—solía decir mi coronel cuando se le informaba de esta circunstancia.—Se baten como soldados viejos, sin dejarse hacer bajas. Porque el matrimonio y la muerte, al fin, son una misma cosa con dos nombres distintos.

¡Quién lo había de decir!...

Pero no adelantemos los sucesos.

La casa donde se alojó el coronel era un antiguo palacio, y la familia que lo habitaba era una familia nobilísima. Constaba ésta de cinco personas, si no me hace traición la memoria. El padre, hombre decidor y de excelente trato; la madre, que unía á la gracia del país la delicadeza del nacimiento; la hermana de esa señora, que no olvidaba jamás sus rezos ni sus deberes; el mayorazgo, que presumía de gran cazador y de gran caballista, y la señorita Remedios, hermana del heredero primitivo. La señorita Remedios no tenía desperdicio alguno.

Medio regimiento andaba dislocado por ella, y ella no se daba á partido por nadie.

Cuando el coronel exponía de sobremesa sus teorías acerca del matrimonio, los demás individuos de la familia las discutían en son de broma; ella se limitaba á escucharlas.

Alguna vez la invitaba mi jefe á formular su opinión lisa y llanamente. En vano. Excusábase de buena manera y le enseñaba por toda respuesta un par de hileras de dientes menuditos y blancos como gotas de aljofar sobre claveles. Aquella contestación lanzaba siempre al veterano en la retirada.

Caían los topos y las metáforas, y las hipérbolos galantes de los labios del coronel á modo de granizada de flores sobre plantel de hechizos, concluyendo por decir algo como lisonjera disculpa de sus doctrinas matrimoniales.

Pasábanse las semanas sin que el coronel saliera de su alojamiento más que para los actos de servicio.

Ya no jugaba al tresillo con los otros jefes.

Apenas se le veía por el café.

Quejábbase de reuma en una tierra la más apropiada para curarlo.

Pero continuaba diciéndonos: «Estamos muy comprometidos; cuidado con una sorpresa,» aunque no pasaba más adelante como al principio:

«Algo le ocurre al coronel,» pensábamos los oficiales. «¿Qué le ocurrirá al coronel?» preguntábamos á otros. Pero nadie podía sospechar que fuese el primer sorprendido.

Al extenderse por las filas la noticia de su inmediato enlace, el estupor pintábase en todos los semblantes. ¡Nos había repetido tantas veces que el matrimonio era un tonel lleno de víboras, entre las cuales coleaba solamente una anguila! Por supuesto que á la señorita Remedios la hacíamos el honor de tomarla todos por la anguila de entre las víboras.

Ibanos entrando, no obstante, el deseo de atrapar otras, y á cada cual se le antojaba haber echado el cebo á la suya. Así es que poco á poco fueron cayendo valientes del destacamento y de la clase no benemérita.

El día que llegó nuestro revelo no sé si quedaba muchacha casadera sin marido. Las madres nos bendecían y nos lloraban como si fuésemos la Providencia meritiva de sus hogares.

—De donde resulta— observó la viudita para cortar el hilo de un nuevo relato—que un novio hace ciento.

—Justamente, balbuceó el veterano.

—Pues dennos ustedes la enhorabuena á los que nos conservamos en estado de merecer—prosiguió mirando á la solterona la viudita,—porque Madrid se vuelve todo novios este otoño.

—Sí, el matrimonio es un contagio—repuso el brigadier.

—Contra el cual no sirven de nada los cordones sanitarios—exclamó el vejete.

—Y si no, que lo diga esta señorita—se aventuró á decir el jovenzuelo picarillo dirigiéndose á la lectora de *La Correspondencia*.

La aludida le miró de alto á bajo con una ojeada, y yo resolví lanzar al público mis apuntes para que ustedes decidan lo que es el matrimonio, lectores míos, ahora que las gentes de Madrid han dado en casarse. No les quitaré yo la voluntad, no teman ustedes, pues al cabo el mismísimo San Pablo lo ha escrito: «Mas vale casarse que ahogarse.»—L.

EL CASERO



¿QUÉ tiene de particular esta palabra?

He visto á la orden del día toda clase de cuestiones.

He visto á *Madrid* entero preocupado de un asunto.

Al día siguiente, todo hijo de vecino ha vuelto la espalda á lo que tanto le llamaba la atención el día antes.

Todo pasa.... ¡menos el casero!

¡Inverosímil tío! Como dice *El Grumete*.

Bajo el punto de vista del casero, que es á vista de pájaro, puede considerarse á *Madrid* dividido en tres clases:

- 1.^a La que tiene casa.
- 2.^a La que la paga.
- 3.^a La que vive en la calle.

Cualquiera creería de buena fé que casero es el hombre capaz de hacer una casa.

¡Ah, no! Casero es el hombre que cobra la casa de usted, la mía y la del vecino.

¡Cuántas veces yo mismo, en el colmo del orgullo he tenido la ridícula vanidad de decir á un amigo: esta casa es de usted!

Ofrecer mi casa, es decir, la casa de mi casero me parece uno de esos delitos definidos por el Código y autorizados por la costumbre.

Nace usted, y en cuanto empieza á formarse idea de cómo está arreglado este mundo, le dice el autor de sus días:

—Mira, chiquito, esta es la casa de D. Fulano, aquella de enfrente la de D. Zutano, la de la esquina de D. Perengano.....

—¿Y la mía?—exclama usted con natural cu-

riosidad.

La tuya te cuesta veinticinco duros al mes.

Después de todo, y por más que esto sea una broma, hay una notable desigualdad entre la propiedad casera y la propiedad literaria.

Todo artículo de primera necesidad parece que debiera entrar más pronto en el común aprovechamiento.

Pues no señor, esto se reserva para la propiedad literaria.

Por ejemplo, sea usted hijo de Cervantes: hereda usted de su papá un *Don Quijote*, honra y prez de la patria. A los cuarenta años de morir su padre, todo el mundo tiene derechos á la propiedad que usted heredó; y sin embargo, usted sigue pagando al casero después de haberle pagado también su padre y su abuelo.

Pero vengamos al casero del día, al ente que tiene sobre usted derechos de abrigo y desabrigo que le impone condiciones y á quien usted desea agradar para que la fiera no enseñe el colmillo.

Nosotros los consumidores y los consumidos de la Corte, los que tenemos la inexperiencia de pagar el café con leche á cuarenta céntimos y encima damos propina para que el dueño del establecimiento se ahorre el sueldo del mozo, nosotros, ¿estaremos condenados á perpétuo casero?

¡No; una voz de lo alto me grita dentro del pecho que no!

Vendrá un día, y no está muy lejano, en que veamos tantos cuartos desalquilados como para mí deseo.

Bajarán de precio, y nadie los querrá.

Darán una prima al que los tome, y les volveremos la espalda.

Se sacarán á pública subasta, y ni por esas.

Y cuando llegue ese día, leeremos en el *Diario de Avisos*, anuncios como éstos:

«Se necesita un matrimonio para un piso principal de la calle de Carretas. Se le dará servicio de mesa, luz de gas y agua del Lozoya. Las personas que estén en actitud de habitarlo, se servirán avisar al casero, el cual se personará en su casa para ofrecerles sus respetos y tratar del precio, que no excederá de tres pesetas al mes.»

«Se cede, gratis un sotabanco en la Puerta del Sol. Se advierte que no se pide cédula de vecindad.»

«El que quiera una buena ganga, puede acudir al barrio de Pozas, donde por ocho cuartos al día se le alquila casa con jardín y coche para venir al centro de Madrid.»

«¡Propio para una modista! Un cuarto en la calle de Alcalá con dos entradas.»

«A todo el que se suscriba al periódico *La Gaceta de los caseros*, se le cederá gratis por un año una cochera en la calle de las Torres.»

«Seguros de inquilinos. Esta acreditada Sociedad asegura la preciosa existencia de los que paguen el cuarto, contra toda clase de epidemias, inclusive la de cocheros de plaza.»

Estos anuncios darán á ustedes la medida del brillante porvenir que nos espera á los inquilinos.

Por mi parte, prometo desde ahora concurrir con mi óbolo á socorrer la desgracia de cualquier infeliz casero.

L. R.



Vamos á tener reforma de Barcelona, y reforma hecha por Baixeras.

Esto demuestra una vez más que este mundo es de los listos.

El desgraciado Sr. Cerdá trabajó como un negro, hizo todas los planos, venció todas las dificultades, y ahora se viene el Sr. Baixeras con sus manos lavadas y se queda con el negocio, y se hará veinte veces millonario.

¡Trabajad, hombres de ciencia y de estudio, trabajad para que se aprovechen otros!

Entre col y col, lechuga, ó, si se quiere, una recomendación.

Beban Vdes, la cerveza de Munich de *Jos Vaguer Augustiner*. Si Vdes. la han de comprar, háganlo en barriles, porque en botellas la falsifican en Barcelona.

¡Pues no habian de falsificar la cerveza aqui que se falsifican hasta los higados de gallina!

Pedidos á la calle Tapiolas, 72.

Y ya que estoy con el bombo en la mano he de dar uno merecido al Sr. Alegría.

En su circo de caballos ha comenzado un verdadero desfile de notabilidades.

Los clowns musicales Floreste, los Brother Dantes y el simpaticone Pierantoni que acaba de debutar con el saltarin Saltamontes son las novedades de la última semana.

Yo voy casi todas las noches porque allí se está fresco, se puede fumar y se pasa un rato distraido.

Los escritores y periodistas quieren meter en no sabemos qué Academia á D.^a Concepción Arenal.

Y la meterán.

También han metido en la cárcel á la duquesa protegida del Sr. Romero Robledo.

Los periodistas todo lo pueden menos vestirse bien y barato.



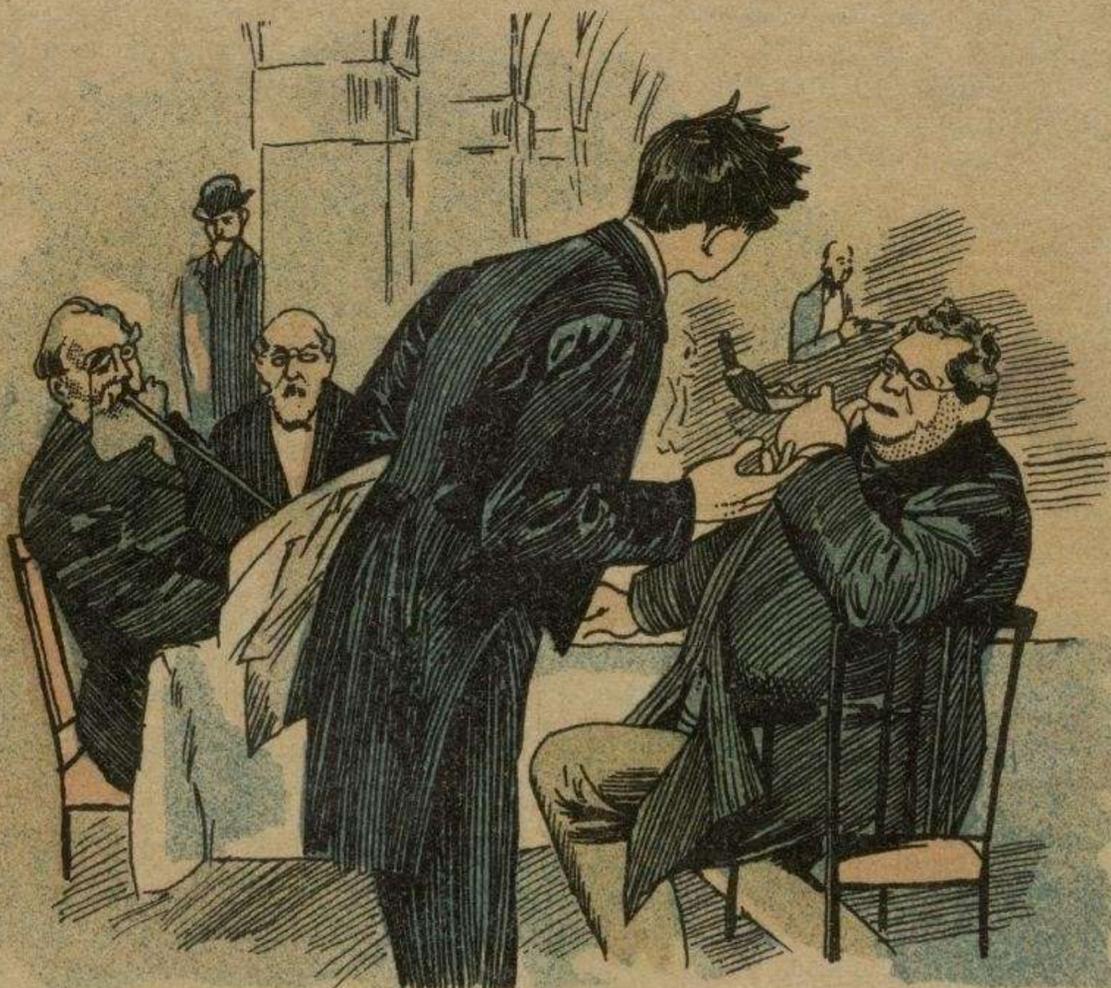
¶ *Cucufate* (Madrid).—Los versos no están mal, pero los consonantes de algunas redondillas asonantan con los que siguen, así es que tendrá V. que corregir ese defecto. De lo demás, enterado.

A. de O. (Madrid).—Irán las chulerías. De la otra composición tendrá V. que corregir la primera redondilla, porque *mundo* y *asunto* no pegan. Lo demás á que V. se refiere no puede ir á menos que usted no lo reforme.

R. B.—No puede ir por demasiado serio.

N. M. L. (Madrid).—No sirve.

Señorita P.—¿Pero es V. de veras una señorita?



—He pedido en el mostrador coñac de treinta y siete estrellas, como ustedes han pedido, y el amo dice que si quieren ustedes tomarme el pelo.

—Dile á tu amo que para tomarte á tí el pelo, se necesitan tres wagones.

ANUNCIOS

LA SAETA SEMANARIO FESTIVO ILUSTRADO
Colaboran en él los más celebrados literatos y los más renombrados dibujantes

Toda la correspondencia á D. Pedro Motilba, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—Barcelona

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.

Cada tomo 15 céntimos en toda España.

Esta publicación está terminada y se vende por tomos sueltos ó por colecciones completas.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con elegantes grabados.

Precio de cada tomo: 15 céntimos.

Esta colección también está terminada y no se publicarán más tomos.

Se sirven tomos sueltos y por colecciones.

Para los pedidos de todas estas obras, dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA.

CUIDADITO CON ESTO

Novelas, cuentos, artículos y poesías de varios autores, ilustrados con magníficos fotograbados y cubiertas al cromo.

Van publicados 10 tomitos á 15 céntimos, y hay más en prensa.

TRES MILLONES DE GHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo.

Van publicados 44 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación.

AGENTE EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez. — Dicho señor tiene establecido un centro para el reparto y venta de toda clase de publicaciones. Tesoro, 5, bajo, Madrid.